

# COSAS DEL TENORIO

Las más graciosas anécdotas registradas durante la  
representación del famoso drama de Zorrilla



20  
céntimos

Biblioteca Rafael Sobr  
n.º 11031





# COSAS DEL TENORIO

Las más graciosas anécdotas registra-  
das durante la representación del famo-  
so drama de Zorrilla .-. .-

---

## A guisa de prólogo

El «Don Juan Tenorio» del inmortal Zorrilla es algo de nuestra raza, de nuestras costumbres, de nuestra historia; algo que llevamos en lo más hondo del alma y nos acompaña en nuestras aventuras y devaneos.

El legendario Don Juan vive en cada uno de los españoles que nos sentimos jóvenes y con bríos para cien empresas amoratorias. Verdad que si no hubiesen tantas «Brígidas» habrían menos «Tenorios», pero con ellas o sin ellas, en serio o en caricatura, el Tenorio lo llevamos todos dentro de nuestro ser; en unos manifestándose como el burlador de Sevilla, conquistador y aventurero; en otros, ridículo e inocente, como El Terrible Pérez.

Las frases del Tenorio las tenemos metidas en la médula y se nos escapan por la boca sin darnos cuenta de ello. ¿Quién, ante una baladronada de



alguien no ha contestado con aquello de «me hacéis reir, don Gonzalo», o habrá exclamado, después de hacer un favor: «no os podréis quejar de mí», y otras por el estilo?

Todo esto que vamos diciendo nos ha sugerido la idea de reunir un folleto, para solaz y entretenimiento de nuestros lectores, algunos de los innumerables chascarrillos, cuentos y anécdotas que a propósito del Tenorio por ahí se cuentan, sin poner nada de nuestra cosecha para darle a este folleto un sabor puramente popular.

Oído a la caja, pues.

\*

\* \*

Estamos en el clásico día de Todos Santos y en el no menos clásico teatro de Novedades de la villa y corte. Ni que decir tiene que se representa el Tenorio.

El primero y segundo acto han pasado como una seda. Nos hallamos, pues, en el tercero y en la escena en que doña Inés lee la amorosa carta que en el breviario le envía don Juan. Cuando llegó a aquello de

«y yo que en medio del cráter  
desesperado batallo...»

se equivoca la actriz y dice de una manera sencilla y clara que no deja lugar a dudas:

«y yo que en medio del «catre»  
«desamparada» batallo...»

La carcajada del público fué estentórea. Y entre los profesionales del teatro se le quedó el remoque de «la del catre».



\*  
\* \*

Esto ocurrió en un teatro de sociedad, en la pintoresca ciudad de Valencia. Se representaba el Tenorio por elementos de la sociedad, aficionados al arte de Talía.

La actriz encargada del papel de doña Inés era una muchacha lánguida, clorótica y con menos carne que un potaje; una niña cursi que pretendía «ser del teatro» y que para poder alternar y vestir a la moda, se privaba de los más esenciales alimentos.

En el tercer acto, cuando dice:

«¿Qué es lo que engendra en mi alma  
tan nuevo y sentido afán?

¿Quién roba la dulce calma  
de mi corazón?»

Antes que Brígida pudiera, como le correspondía, decir ¡Don Juan!, se adelantó uno del público que gritó: ¡La fam! (1)

Risas de unos, protestas de otros, una muchacha llora y un Tenorio que finaliza en el tercer acto entre comentarios para todos los gustos.

\*  
\* \*

Representaban unos aficionados el popular drama del inmortal Zorrilla, y la muchacha encargada del papel de Hermana Tornera, azorada ante el numeroso

---

(1) En castellano, *el hambre*.



público que asistió a la representación, se hizo un lío y dijo:

Tornera.—Señora.

Abadesa.—¿Qué?

Tornera.—Vengo «tuerta».

Don Gonzalo.—Concluid.

Tornera.—No acierto a hablar.

He visto a un hombre saltar  
por las «patas» de la «muerta».

\*

\* \*

En una representación del Tenorio, el actor en-  
Doña Ana, dijo un consonante que le correspondía  
cargado del papel de don Luis, en su diálogo con  
a la actriz: ésta se dió cuenta de ello, y por no  
repelir la misma palabra, dijo la que le corres-  
pondía al actor, resultando el verso de esta ma-  
nera:

Don Luis      Páguete el cielo, Ana mía  
satisfacción tan «sincera».

Doña Ana      Porque me juzgues «entera»  
consiente en todo, Mejía.

El público, apenas se dió cuenta del trueque.

\*

\* \*

En un «Tenorio» representado por unos aficio-  
nados, han ocurrido ya algunos graciosos incidentes.

En el cuarto acto, cuando Don Juan mata al  
Comendador de un pistoletazo, tiene la desgracia



de que le falle el tiro. Monta la pistola, dispara de nuevo y torna a fallar.

Entonces, uno del público dejó escapar un ruido sospechoso, no muy agradable para el oído y el olfato, y el Comendador, dirigiéndose hacia la parte de donde ha salido el ruido aquel, dice con voz quejumbrosa:

—¡Tú me has matado!

Y se dejó caer al suelo entre los aplausos del público.

\*  
\* \*

Don Torcuato Chamarrusquia era un viejo verde que a falta de ocupaciones más perentorias se dedicaba a hacer jóvenes desgraciadas. En ver una chavala de trece o catorce abriles, ya estaba correteando tras ella, y hasta que no conseguía una sonrisa de la presunta víctima... o un garrotazo del pariente más próximo de la perseguida, no se daba por satisfecho.

Un día tropezó con una de esas criaturas y se la llevó a su casa, un segundo piso con ascensor, muy coquetón, en donde vivía con un criado viejo... y una gata joven.

El vecino de enfrente, que estaba en el balcón, al verle entrar por el portal de su casa tan bien acompañado, se escondió dispuesto a observar, ya que los balcones de ambos venían a estar frente por frente.

No sabemos lo que vería; lo cierto es que en un momento dado salió al balcón el mencionado vecino y dirigiéndose al de enfrente, exclamó, recordando, sin duda, alguna escena del Tenorio:

—¡Anciano, la lengua ten!



\*

\* \*

En Valencia había, hasta no hace mucho, la costumbre de que los huertanos de los pueblecitos de los alrededores entrasen en la capital a recoger la basura de las casas, que había de servir luego para abonar sus campos.

En un pueblecito de éstos se representaba una vez el popular drama «Don Juan Tenorio», y desde que empezó el tercer acto uno de los del público no cesaba de mirar con insistencia a la dama que representaba el papel de doña Inés, diciendo como queriendo recordarla:

—Esa... Esa...

Y, efectivamente, la conocía, pues cuando mayor era el silencio en la sala, nuestro hombre, levantando la voz, exclamó:

—¡Redeu! ¡A eixa li trac yo el fem! (1)

Ni que decir tiene que aquella doña Inés ya no pudo convencer al auditorio.

\*

\* \*

¡Que un hombre de mi linaje  
descienda a tan ruin mansión,  
a comer un mal potaje  
en inmundo bodegón!

---

(1) ¡Redios! ¡A esa le saco yo la basura!



\*  
\* \*

Representación de «Don Juan Tenorio» por unos aficionados:

En el acto de la cena, el intérprete del Avellaneda en lugar de decir:

Señor Don Juan, escondido  
algún misterio hay aquí,  
dijo:

Señor Don Juan, escondido  
algún «mistero» hay aquí.  
Hubo el consiguiente «meneo».

\*  
\* \*

«La dije que erais el hombre  
por su padre destinado  
para ella», y al momento  
me soltó un gran estacazo.

\*  
\* \*

En uno de los innumerables viajes que por los pueblos de España realizaba el glorioso poeta Don José Zorrilla, recogiendo sus tradiciones para reproducirlas luego en armoniosos versos, pasó por uno en el que vió anunciado su inmortal drama «Don Juan Tenorio».

Quiso ver cómo era interpretado y compró una



butaca, asistiendo en ella a la representación. Lo hacían muy mal. Primero, el gran poeta lo tomó con paciencia; pero tal era la ignorancia de aquella gente, que en una de las más culminantes escenas, no pudiendo sufrir más, apostrofó a los cómicos, y tomando su defensa el director de la Compañía, le dijo al ilustre poeta:

—Usted no conoce «Don Juan Tenorio».

—El que ustedes representan, no—contestó el autor;— pero el que yo escribí no me negará usted que sí.

Por estas palabras comprendió el público quién era aquel que interrumpía la representación y al que por este hecho estaba dispuesto a «lynchar», pero reaccionando le obligaron a subir a escena oyendo desde ella una de las más grandes ovaciones que en su accidentada vida oyó el insustituído vate.

\*

\* \*

¿Día? El de Todos Santos. ¿Teatro? El de la Princesa. ¿Función? ¡Vaya una pregunta: «Don Juan Tenorio».

En el acto en que Don Juan mata al Comendador de un tiro, al disparar le falló el pistoletazo, y como las armas de fuego de aquella época no tenían más que una carga, el actor, metido en tan grave aprieto, se decía a sí mismo: ¿Cómo matar a este hombre?

Pero pronto se repuso, y dirigiéndose a Ulloa le gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Comendador! ¡Muérete de vergüenza!

Y el Comendador cayó efectivamente «muerto», entre los aplausos del público.



\*  
\* \*

«Empezó por una apuesta,  
siguió por un devaneo»,  
y tuvo fin en la fonda,  
en una cama de hierro.

\*  
\* \*

En un pueblecito manchego se representaba el Tenorio por los aficionados de la localidad.

De Ciutti hacía un estudiante que, tomándolo todo tan en chunga como en serio lo tomaban sus compañeros, descargó la pistola que había de disparar Don Juan en el cuarto acto para matar al Comendador, y además ató la espada de este personaje en su propia vaina con el fin de que no pudieran sacarla en el momento de batirse con Don Luis.

Llegó el momento trágico, y al decir Don Juan al Comendador:

cuando Dios me llame a juicio  
tú responderás por mí,

disparó el arma y, como era natural, no salió el tiro. Pero Don Juan no se arredró y le dió tal puñetazo al Comendador, que éste cayó teñido en sangre de sus propias narices con gran contentamiento del público, que vió que aquello iba de veras.

Cuando Don Juan, dirigiéndose a su rival Don Luis dijo aquello de

Y tú, insensato,  
que me llamas vil ladrón,  
dí en prueba de tu razón  
que cara a cara te mato.



tiró de tizona, pero ésta no salió por más esfuerzos que hizo. Quiso rematar a Don Luis como había hecho con el Comendador, pero como aquél estaba ya advertido por lo que vió, se adelantó a Don Juan y asestó a éste tal golpe con el puño de la espada que le dejó patidifuso.

Y aquí se acabó la representación.

¡Alguna vez había de ganar Don Luis!

\*

\* \*

Una Compañía de cómicos de la legua fué a cierto pueblo a representar el Tenorio.

Como la Compañía no era lo suficiente numerosa para tal drama, acordaron que los papeles de poca importancia los hicieran gente del pueblo.

Efectivamente: dos horas antes de la función ya se paseaban por la plaza del pueblo lo más «chic» de aquella sociedad vestidos de estatuas y de «mal-ditos».

El tabernero, que se pirraba por las cosas del Teatro, se brindó para entonar los cantos funerales, en unión de sus amigachos.

Llegó el momento oportuno, y cuando Don Juan pregunta:

¿Y esos cantos funerales?

los otros, que ya estaban prevenidos empezaron a cantar el célebre cuplet del «Ven, y ven y ven».

El público lo coreó, entre grandes risas, y ya estaba Doña Inés diciendo lo de

¡Cesad, cantos funerales!

y todavía continuaba el público cantando:

¡Ven y ven y ven!



«¡Cuál gritan esos malditos!  
¡Pero mal rayo me parta»  
si en pegar yo estos sellitos  
no echo al correo la carta.

Se representaba el Tenorio y hacía de Ciutti el buen actor Julio Cervera, muy querido del público valenciano.

Al entrar este personaje a escena, en el cuarto acto para anunciar a Don Juan que había un «embocado en verle muy empeñado», Don Juan, siguiendo el diálogo, preguntó:

Don Juan:                   ¿Trae gente?

Ciutti: No más  
que los remeros del bote.

Don Juan:                   Que entre.

A lo que contestó Cervera con toda la naturalidad del mundo:

—¿El bote?

El público le aplaudió la agudeza.

Pepe el niquelador hacía de Don Diego Tenorio en un teatro de aficionados, y en el primer acto, cuando sorprende la apuesta de su hijo con Don



Luis, se levanta de la banqueta en que estaba sentado y dijo así sus versos:

—No puedo más escucharte,  
vil Don Juan, porque recelo  
que hay algún rayo en el «suelo»  
preparado a «niquelarte».

—¿A «niquelarme»? ¡Como no me niqueles el reloj!

\*  
\* \*

A un aficionado muy dado a la bebida, en ocasión que había de representar el Tenorio, le dijeron sus compañeros que en la escena de la apuesta pondrían vino de veras.

Así lo hicieron, pero junto con el vino le echaron un purgante de sabor imperceptible.

Advertidos los demás, no bebieron, pero él, sin parar mientes, se echó entre pecho y espalda un gran vaso (que ya procuraron que los vasos fueran grandes) de aquel compuesto vínico-purgante.

La representación del drama iba a las maravillas, pero ya Don Juan, desde su presentación en escena en el acto cuarto, todo era hacer virajes y contorsiones que provocaron la hilaridad del público, hasta que, presintiendo una catástrofe, abandonó a Doña Inés en lo más culminante de la escena del sofá, con gran asombro del auditorio que no supo explicarse qué pudo aquello ser.

\*  
\* \*

Un empresario quiso contratar a una actriz, muy pagada de sí, para que hiciera el papel de Doña Inés.



La actriz, como hemos indicado, era lo que se dice una mujer de una vez: hermosa, bien formada y con grandes atracciones femeniles.

Pero si como mujer valía mucho, como actriz era bastante flojilla, a pesar de lo cual se mostró tan exigente que el empresario, hombre poco galante, la hubo de decir:

—No se ponga usted tantos moños, señora; que lo que tiene le puede muy bien servir para bailar la rumba, pero para hacer de Doña Inés, con la cuarta parte de lo que usted luce, sobra.

\*  
\* \*

El hecho ocurrió en un teatro de gran importancia y en una célebre noche de Todos Santos. Ni que decir tiene que se representaba el Tenorio.

En el quinto acto, cuando a Don Juan se le aparece la sombra de Doña Inés y él le pregunta:

¿Con que vives?

un espectador, que seguramente habría cenado ju-  
días, dejó escapar un formidable ruido en el pre-  
ciso momento en que Doña Inés, contestando a la  
pregunta de Don Juan, decía:

¡Para ti!

Hubo jolgorio un rato largo.

\*  
\* \*

A cierto pueblo fué una Compañía de aficionados a representar el Tenorio, y tantas fueron las barbaridades que ocurrieron durante la representación del célebre drama que, según informes de un testigo presencial, no espera reírse más que aquella noche en los días de su vida.

Dejemos aparte el vestuario impropio, el pésimo decorado y todo cuanto de ridículo había, y pase-



mos a relatar lo que le ocurrió en el quinto acto al cómico que hacía de Capitán Centellas, un joven muy nervioso que cuando se ofuscaba no era capaz de dar unos buenos días sin equivocarse.

Cuando había de decir lo de

«Don Juan, eso no es valor,  
locura, delirio es.»

no sabemos qué le ocurrió; lo cierto es que dijo con voz clara y vibrante:

Don valor, eso no es Juan,  
delura, colirio es.

Inútil describir el gáteo.

\*

\* \*

Teatro de la Princesa de Valencia, en la noche en que se representa «Don Juan Tenorio».

Los cinco actos primeros han transcurrido bastante bien, pero llegado el sexto, cuando Don Juan cena con el Capitán Centellas y Avellaneda, momentos antes de «filtrarse por la pared» el Comendador, sonaron los consabidos golpes misteriosos que le hacen decir a Ciutti:

«Esa aldabada postrera  
ha sonado en la escalera.»

En todo el teatro no se oía una mosca; reinaba un silencio sepulcral mientras que los golpes se oían cada vez más fuertes.

¡Pon! ¡Pon! ¡Pon!

Y un chusco gritó desde el gallinero:

—¡La leee...cheee!...

\*

\* \*

Representación del Tenorio por unos aficionados.  
Don Juan es sombrerero de oficio, y en el cuarto



acto, en la escena del sofá, le dice Doña Inés, toda encendida en amor:

¡Oh, me habéis dado a beber  
un «fieltro» infernal sin duda...

Y exclamó uno del público:

—¿Fieltro? No es extraño, siendo sombrerero.

\*

\* \*

Equivocación del escultor en el mutis del acto quinto:

—Tomad, no quiero la piel  
dejar aquí entre sus manos;  
y ahora los «compongamos»  
se las «sevillen» con él.

\*

\* \*

Cachet fué un buen actor. En el teatro de Apolo de Valencia, representaba cierta vez el Tenorio y le quiso dar tal realidad que hasta en el último acto presentó los fuegos fatuos que se ven de noche en los cementerios.

Para representarlos ideó enganchar a las puntas de unos alambres unas esponjitas empapadas en alcohol a las que prendió fuego. Los alambres eran tenidos entre bastidores por los encargados de la maquinaria, pero éstos, guasones de suyo, se entretenían en pasear las esponjitas encendidas por la cara de los muertos que aparecen hacia el final del drama. Los «muertos», como es natural, no resistían la bromita y de vez en cuando daban un zarpazo a los «fuegos fatuos», con gran algazara del público y no menos desesperación del señor Cachet que no se daba cuenta del por qué de aquellas risas.



Los «muertos», cabreados por la bromita de los fuegos, fueron desfilando, y cuando Don Juan vino a decir aquello de

«más con esa horrenda calma,  
¿qué me auguráis, sombras fieras?  
¿Qué esperáis de mí?»

la carcajada fué general, pues ni había habido «horrenda calma», ni esperaba ya nadie al burlador de Sevilla.

En la noche siguiente se volvió a representar el Tenorio, pero se suprimieron los fuegos fatuos.

\* \*

### **¿Cómo debe acomodarse el público en el teatro?**

Los artilleros, en la batería.

Las amas de cría, en los antepechos.

Los toreros, en el callejón... de butacas.

Los abogados, en el foro.

Los fotógrafos, en la galería.

Los médicos, en el anfiteatro.

Las bordadoras, entre bastidores.

Los cocheros, en las delanteras.

Los labradores, asistirán con abono.

Los usureros, en los cuartos.

Los tejedores, en los telares.

Los adanes, en el paraíso.

Los borrachos, en «arrojes».

Los maridos' ofendidos, en «topes».

Los pollos, en la cazuela.

Los cojos, en los corredores.

Los calvos, en el «peine».

Los desastrados en los «rompimientos».

Los liberales, en las bocas de Riego.

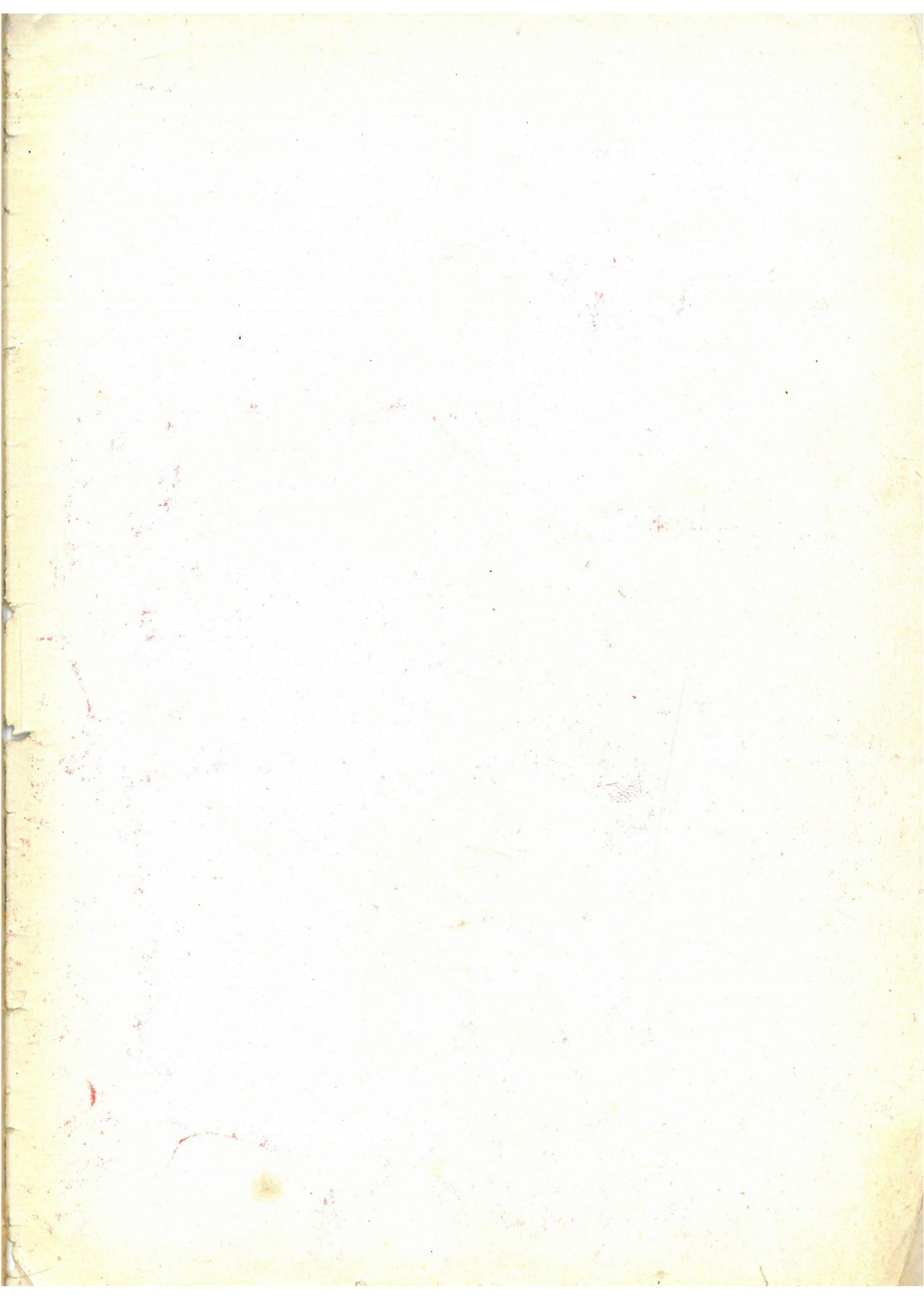
Los donostiarras, en la concha.

Los horteras, entre cajas.

Y los descendientes de Wamba, en las wambas,  
linas, frente al «wombo».

(De «El Arte del Teatro».)







# :: Editorial



# :: Carceller ::

## PUBLICACIONES FIJAS

LA TRACA  
EL CLARIN  
EL PIROPO  
EL FALLERO  
NOSTRE TEATRO

## Publicaciones no periódicas

Obras de literatura,  
arte y música.  
Folleto científicos,  
humorísticos y  
recreativos.

## OFICINAS Y TALLERES

Unión Ferroviaria, 3 (Gran Vía de Germanías) Teléfono 1315.-VALENCIA

### Colección Fifi

A quince céntimos cuaderno con portada a todo color y magníficas ilustraciones.

La Vergonzosa.—Dos Buenas Amigas.—¿Cómo lo tendrá?—Sólo por favor.—Raimundo El Violador.

va.—El pañuelo rojo. Julia la gozadora.—La iniciada.—Regla de tres.—Los amores de Juanín.—Las manzanas de Anán.

tos de alcoba.—Cuentos Prohibidos.—Cuentos Picantes.—Cuentos Galantes.

En preparación: Cuentos Subditos de Color.—Cuentos Libres.—Cuentos Cuentos Inocentes.

### Colección La Traca

Tractat del Pet.—Koki.—Cuentos de la Nasia.—Cuentos Pudents.—Cuentos de Llaureors.—Cuentos de Sacristia.—Sermó de Cuaresma.—Sempre Mustio.—El Ditel de Tomasín.—La Caiguda de Isabel El Curandero de Grasia.

En Prensa: El Detective

### Colección Bésame

A veinte céntimos cuaderno; estupenda presentación

Remedios La Postinera.—Entre Ellas—Cada cual a su negocio—El sublime pacer.—Mi señora tía.—Casa de dos puertas.—Madame Mary-Modas.—Las cosas de una institutriz.—Dos estrenos.—Una casa decente.—Carmen la imaginari-

### Colección Gracia Pura

Chascarrillos Taurinos.—Cosas de Carreño.—Colmos y Chistes malos.

En preparación: Cosas de Quevedo.—Chismes de Gedeón.—Cosas de Calinez.—Cuentos Baturros.—Cuentos Andaluces.—Cuentos Olorosos.

### Colección Popular

Cuentos Picantes.—Cuentos Verdes.—Cuentos Sicalpícos.—Cuen-

### Colección Taurina

El Divino Calvo.—El cobarde Marcial.